

La gota

La gota simplemente caía.

¡Gluc!

Caía sobre otro espejo de agua, en algún rincón sombrío de la casa. Marcos la oía. A pesar de estar bajo la ducha, con sus manos ocupadas en enjabonar y desenchabonar su cuerpo, la oía; entre el murmullo continuo de miles de gotas de agua que bajaban con celeridad de la flor de la ducha.

La oía. Claro que la oía.

¡Gluc!

Adivinaba sus tiempos, presentía cada resonancia hueca que la solitaria gota hacía en algún lugar de la casa. Mario pensaba, mientras con una mano buscaba a tientas la llave para detener la ducha, que no se trataba de una pérdida en el techo inundado de agua, no... era una sola gota que subía por la pared para después arrojarse de lo más alto del techo a los brazos abiertos del charco que había en el suelo. Cerró la ducha y comenzó a secarse con una toalla sucia.

¡Gluc!

¿De donde venía el sonido?

Los pasillos y salones de la casa eran grandes y estaban desamoblados, el sonido podía nacer en cualquier parte y expandirse, perderse hasta ser casi imperceptible, y volver a elevarse, como el eco de una voz en una caverna. Mario dejó caer la toalla sobre el suelo mojado, y se dirigió al botiquín empotrado en la pared del baño. No había espejo. Por supuesto que no había espejos. El mismo los había quitado. No le gustaba ver su mirada, la profundidad de sus ojos parecía susurrarle: ...¿Qué has hecho Mario?... ¿Cuándo perdiste el control?...

Afeitó su rostro sin verse, cavilando acerca de cuando había sacado los espejos, si había sido después de la chica morena, aquella de la que casi se había enamorado, o después del vendedor de ropa que había...

¡Gluc!

La gota pareció gritarle: los quitaste después de ver tu cara sepultada en una maraña de colores de muerte, cuando tu mirada era la de un agonizante...

Respingó al cortarse bajo la barbilla. Su dedo índice izquierdo le mostró un pequeño medallón rojo del tamaño de un grano de arroz.

Arrojó la navaja con violencia hacia la pared, y contempló con una sonrisa de idiota como la hoja arrojaba pequeños destellos de luz blanca.

Mario se tomó la cabeza con ambas manos, la resonancia de la gota se amplificaba mil veces en su mente, como si fuera el único sonido que quedara en el mundo, el sonido seco y acusador de una miserable gota.

¡Gluc!

Era insoportable. En los vacíos rincones de la casa, donde los pasillos se llenaban de polvo y la luz del día rara vez penetraba en las sombras perpetuas, solo reinaba el silencio, incluso Mario creía escuchar a veces, mientras estaba sentado en la oscuridad de algún cuarto, como las arañas tejían y tejían sus redes infinitas de apagados colores.

La gota era un sonido fantasmal en el sepulcral silencio.

Mario salió desnudo al pasillo polvoriento, las sombras retrocedieron ante la única luz del baño, como ratas huyendo de un gato hambriento, pero esa sola luz no alcanzaba, la oscuridad era una constante. Mario se miró ambas manos. Eran manos delicadas, femeninas, salvo por algunos cortes cicatrizados que eran producto de...

¡Gluc!

No se podía concentrar en nada. Empezó a deambular por las habitaciones a oscuras en busca de la gota, desnudo, preguntándose si afuera sería noche, o día.

“Es noche y día, es amanecer y ocaso, es todo y a la vez es nada, Mario” le dijo una voz interior. Sus ojos estaban acostumbrados a la continua oscuridad de la gran mansión que le había dejado su padre, la mansión que se iba deshojando como una margarita seca con el paso implacable del tiempo, perdida en la esquina de una calle olvidada. Desde afuera, la casa parecía deshabitada. Pero no era así, como lo habían comprobado varios mendigos, una que otra muchacha sin hogar, y vendedores, por supuesto.

Mario caminaba por los húmedos corredores, divagando como un ánima perdida en una casa embrujada, sin temor ante la hostilidad de las sombras, arrastrando sus pies desnudos, con una mano hacia adelante tanteando la oscuridad como un ciego sin su bastón.

¡Gluc! Hizo la gota, y el susurro le dijo: “En realidad hace tiempo que estás ciego, la verdadera oscuridad, el infierno yermo y frío esta dentro de tu cabeza...”

¡Basta!

Debía encontrar la gota. La sentía cerca, si, ya estaba cerca, pero también sentía que nunca podía acallar lo que realmente lo molestaba: las preguntas de su mente.

Estaba en la cocina, un olor cobrizo rezumaba en la habitación de la primera planta. Sus pies sintieron algo pegajoso en el suelo, tropezaron con algo duro que yacía en él... un cuerpo...

Mario pensó: “Ya siento sus dedos fríos en mis tobillos, ya siento el tirón hacia el suelo... Oh Dios... que hice...”

Pero nada sucedió.

Los murciélagos de su mente revolotearon despavoridos hacia los límites de la conciencia.

Había algo en el suelo, pero ¿quién no ha tropezado con algo en la oscuridad absoluta?

¿Por qué habría de tener la piel de gallina y los cabellos de la nuca erizados por sólo tocar algo con el pie desnudo?

Mario sabía lo que era. Un aullido surgía de la oscura profundidad de su mente, desesperante, intentando llamar su atención.

Sin embargo, siendo solo una sombra sepultada en otras sombras, siguió caminando, tanteando, aguzando el oído y la vista, para detectar aquella simple gota que lo estaba poniendo frenético, como si se tratara de los gritos de alguna de sus...

¿Qué le intentaba decir su mente?

¿Qué negro demonio habitaba en su cabeza, pervirtiéndola con el cinismo de un niño, obligándole a caminar desnudo a través de pasillos tenebrosos, lúgubres, para encontrar una estúpida...

¡Gluc!

La gota caía a su derecha. Torció el rumbo en esa dirección, arrastrando los pies y con las manos tanteando el espacio a su frente, la parodia de un verdadero zombie. “En realidad ya estoy muerto. Todo el mundo lo está” dijo una voz mental, y como disparada otra le contestó: “Cállate ya”.

Si, había que callar todo.

No había nada mejor que el silencio eterno.

No deberían existir los sonidos que perturbaban el sueño de Mario: el aullido penetrante del viento colándose en otoño por cientos de rendijas que tenía la casa, el crepitar de las ratas comiendo los restos que Mario olvidaba por todas partes, el ulular de la sirena de la policía que obligaba a Mario a ocultarse en su lugar secreto. Eso era lo más terrible. El “lugar secreto” era un pozo en el piso del sótano, pozo que daba directamente en la cámara séptica después de cincuenta centímetros de tierra desnuda a los costados, de

donde pendía una cadena que se hundía en el agua putrefacta como una serpiente muerta. La casa estaba llena de cadenas.

Ocultarse allí, entonces, le significaba a Mario hundirse hasta el pecho en la inmunda agua, cerrar la tapa que daba al sótano, y permanecer colgado de la cadena herrumbrada. Estando allí, totalmente a oscuras, hacía que un horror profundo se apoderar de su ser, sintiendo como el agua a veces burbujeaba, se movía en torno a él, como si fuera una gran boca esperando el momento justo para tragarlo entero y masticarlos con sus fauces de barro podrido.

Había cucarachas, cientos de ellas, y le pasaban constantemente por los ojos, por la boca(que debía mantener cerrada a pesar del cosquilleo que le hacían sus peludas patas), por toda la cara.

También había cucarachas por toda la casa, es cierto, pero a Mario le parecía el precio justo por vivir en la oscuridad. Quizás incluso le ayudaran a encontrar a...

¡Gluc!

El sonido provino de un lugar enfrente de él.

Mario sentía ambos pies pesados, las correntadas de aire frío le ponían la piel de gallina, los cortos cabellos de la nuca se erizaban como alambres, sus ojos no distinguían nada y distinguían todo a la vez en la oscuridad tan densa, tan pura.

Camino hacia la gota, hacia el exasperante sonido que le atosigaba la mente, sintiendo como el miedo empezaba a tomar dominio de su cuerpo, como si fuera un muñeco de trapo a la que el terror infundía una extraña vida.

Entró a la habitación, una como tantas que eran parte del reino de la oscuridad y locura que habitaba Mario, donde la negra masa de sombras acomodaba a su gusto sus pérfidas y macabras siluetas de noche. El aire seguía oliendo a cobre y a sal, pero en este cuarto,

aún más tenebroso que los demás, Marcos sintió el desagradable olor de algo pudriéndose.

“Carne probablemente.” Disparó su mente, y Mario alejó el pensamiento con un manotazo mental, como cuando alguien se quita un insecto molesto de la cara. Un vago olor a moho y a antigüedad flotaba en el éter, como fantasmas de un pasado inquieto.

¡Gluc!

Fue como si una granada explotase en su oído.

Gritó, tapando sus orejas con ambas manos, cayendo de rodillas al suelo, intentando detener el demencial sonido de la gota, que rebotaba en su cabeza con un eco suave, pero uniforme.

¡Gluc!

La sangre empezó a manar de su oído derecho, saliendo como una roja serpiente de su madriguera, y escabulléndose por la tersa palma de su mano.

Allí, arrodillado frente a la gota, desnudo, en la más completa oscuridad, la realidad se le antojó un espejismo, difuso como el resplandor de una estrella distante en el firmamento.

El estruendo de la caída de la gota le había destrozado un tímpano, pero sus ojos acostumbrados a ver donde nadie veía, le mostraron las escenas tenebrosas que su cerebro atrofiado borraba continuamente.

A su costado derecho, yacía un hacha del tamaño de un brazo humano. Estaba... empapada en sangre... sí; ¡estaba empapada en sangre!

Mario cerró los ojos con fuerza, parpadeó, y vio que allí no había nada.

No, si había algo: un hacha, de mango de madera nudosa, con su filo repleto de espesa sangre.

¡Gluc!

El sonido fue enloquecedor y Mario volvió a taparse los oídos, de los cuales aún fluía sangre.

Vio de donde caía la gota, con una inmensa jaqueca rugiendo en su interior. Respiraba rápidamente, un sudor frío cubría como nieve su cuerpo desnudo. Sus pupilas estaban dilatadas al máximo, como las de un gato.

Escucho otro sonido, como de maderas rompiéndose, también lejano, aunque él sabía que provenía de un lugar cercano a donde estaba. Ya no oía bien, por supuesto.

“Maderas rompiéndose”. Otro prófugo sin hogar, otra niña embarazada que escapó del infierno de su casa...

¿Cuándo lo dejarían en paz?

Mario vio que la gota caía, se levantó con agilidad animal, dio dos pasos, alargó la mano, y la atrapó como un enamorado atrapando el rocío primaveral de las últimas noches de septiembre.

La contempló. Era roja, del tamaño de una moneda. Oyó un débil sonido a sus pies, bajó la mirada, aún sosteniendo la gota, y vio como dos ratas de respetable tamaño y pelaje gris sucio, bebían frenéticamente del charco a sus pies, mojándose los largos bigotes.

Volvió a arrodillarse, y bebió con ellas, bebió del charco formado por las gotas de sangre que caían de una cabeza desmembrada, que colgaba en una oxidada cadena aferrada al techo, cadena que culminaba en un gancho cuya punta se incrustaba en el paladar de ésta, como si fuera un pez enganchado en un anzuelo.

Bajo el horror, Mario se levantó, con la sangre formándole una tétrica sonrisa de payaso malvado en el rostro, y con ambas manos aferró lo que producía aquella acusadora gota, y tiró de ella hacia abajo primero, haciendo que el gancho penetrara aún más en el paladar, y después hacia atrás, destrozando por completo la nariz de aquel decapitado anónimo, cuando el gancho se abrió paso desde dentro.

Arrojó con violencia la cabeza hacia la pared, escuchándola reventar como una calabaza podrida, y escupió a un costado con furia febril, hacia donde corrían las ratas.

Posteriormente, más tranquilo, se limpió las manos en su regazo, y acomodó su cabello para que no luciera despeinado.

Volvió a escuchar el sonido de pasos lejanos.

“Niña embarazada, o lo que seas, vas a conocer la hospitalidad de Mario.”

“¡Cállate!” gimió alguien en su mente.

Se sentó en el suelo, y con la cabeza entre sus desnudas rodillas, sollozó, como un niño que hubiera roto un juguete nuevo.

Después se incorporó, tomó el hacha por el mango, y, haciéndola silbar cortando el aire, en la absoluta oscuridad, con una mano tanteando hacia delante, penetró en el abismo, en busca de su nuevo huésped...